ALEJANDRO BHÉR

¡LABORA!

De la Trilogía FRACASADOS

1.° (El Amor.) «El mismo drama que...»
2.° (La Ciencia.) «¡Labora!»
3.° (La Fé.) «La Pintaica.»



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

A D. José Eche-
-rray con mi afecto
-tado, y mi con-
-ración adquirida.

Alej.º Bher

¡LABORA!

(Vea V. D. José, el
final del primer
acto)

ALEJANDRO BHÉR

¡LABORA!

De la Trilogia FRACASADOS

1.º (El Amor.) «EL MISMO DRAMA QUE...»
2.º (La Ciencia.) «¡LABORA!»
3.º (La Fé.) «LA PINTAICA.»

Estrenado en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, el
8 de Noviembre de 1910



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551
1911

Al maestro

D. Francisco F. de Villegas,

mi alentador y mi consejero.

Su muy adicto,

Alejandro Bhér.

REPARTO

INTERVIENEN:	ACTORES
MARÍA (17 años). Guapa, ingenua...	NIEVES SUÁREZ.
MATILDE (30 años). Andaluza. Muy impulsiva..........................	SRTA. TOSCANO.
ROSA. Sirviente vieja..............	SRA. DÍAZ.
ANA................................	SRTA. MONTILLA.
ALBERTO. Joven; envenenado por el estudio............................	SR. VILLARREAL.
DON IGNACIO (45 años). Protector y maestro de Alberto y María.......	LA RIVA.
MANUEL PONCE (30 años). Hombre *muy vivido*........................	MATA.

La acción en cualquier Estación biológica

ACTO PRIMERO

La biblioteca de un sabio; primer término izquierda una gran mesa llena de papeles. Adosados á la pared estantes severos repletos de libros... etc.

ESCENA PRIMERA

MARIA y ALBERTO

ALB (Sentado ante la mesa, escribe.)

MARÍA (Entrando.) ¡Oh! ¿Tú aquí, corazón? ¡Ah, corazón de mi vida, no sabrás nunca qué remordimiento el mío!... (Humildísima.) ¡Olvida mi carta! Yo pensé, ¡necia! que otra cosa más querida por ti...

ALB (Apenado y severo.) Olvido... olvido.

¡Eres tan magnífica despótica! ¡Tan dulce humilde!

Pero va siendo inmensa tu ferocidad para mí. ¡Lo digo con pena! Nada te seduce como humillarme; me aniquilas, agotas mis fuerzas, me empequeñeces...

MARÍA Temes en fin, *nuevamente,* el fracaso de tu *personalidad.* Sí; es esto. (Nerviosa.)

ALB. (Va á hablar.)

MARÍA (Sigue.) No insistas. ¡Tu personalidad!

¡Qué extraño! Idéntico maestro, idéntico ambiente, y jamás he pensado en conservar

ante ti la integridad de mi *tipo*. He sido soñadora, vehemente, dulce, irascible, humilde y fiera... ¡No he temido que la policromía de mi temperamento te ahuyentara! Creí que el amor, *era* á espaldas de todo dogma, de toda escuela, ¡sin necesitar de fórmula algebráica!

ALB. ¡María, María!... En mí batallan dos hombres: uno ha de matar al otro forzosamente.

MARÍA Temo que si es larga la lucha acabarán pereciendo los dos *ejércitos*...

ALB. (Triste.) Sabes que yo vivía la vida ascética del Maestro. Largos paseos al aire libre, la contemplación de la naturaleza, el razonamiento lógico del por qué de las vidas...

MARÍA (Irónica.) *El hombre*: un *compuesto* de...

ALB. ¡Cierto! Pero poseedor de mis verdades, me sentía dichoso y compadecía á *los otros*. ¡¡Hoy no compadezco sino á mí!!

MARÍA (Llorosa.) ¡Rompe las ligaduras! (Rabiosa.) ¡Yo también deseo romperlas!

ALB. ¡PIENSA lo que dices!

MARÍA ¡SIENTE lo que oyes!

ESCENA II

DICHOS y MAESTRO

MAES. (Entrando.) ¡Salud! (Apretando á Alberto ambas manos.) ¿Ya bien?

ALB. Sí, querido maestro. He bajado, si no dispuesto á trabajar, para *verles* trabajar á ustedes... Allá arriba me aburro enormemente.

MAES. Lee cosas de esas inútiles que no hacen pensar y distraen...

MARÍA (Irónica.) ¿Leer cosas inútiles? Bah, maestro, ¡parece mentira que un hombre como tú, aconseje tal cosa á un hombre como Alberto!

Las lecturas, pasto del cerebro, han de ser jugosas, asimilables... ¿Qué pensaríamos de un gastrónomo que ingiriera virutas?

MAES. (Cogiéndola el pelo trenzado y dándola un beso en él.) ¡Qué mona eres, monigote!

MARÍA (Echa á correr cantando.)

Caro nome ché il mio cor
festi primo palpitar.

(Los dos hombres la miran alejarse como á un pájaro.)

MAES. (Doctoral.) ¡Parece pueril, frívola!... ¡pues ya ves! A veces surge la gran mujer de mañana y... Gracias á mí, ella no recordará los vicios constitutivos de su padre. (Yendo hacia un estante donde busca un cuaderno que sostendrá en la mano.) ¿Has oído lo de las *lecturas*?...

ALB. (Aparte.) ¡Más vale, pobre sabio, que no conozcas sus terribles ironías!

MAES. Lo que sí es, holgazanilla. (Volviéndose.) En eso, se *demuestra el salto atrás*. Mi pobre padre fué tremendo. Hacía la vida en el lecho. Ya ves que la fortuna que dejó mi padre es cuantiosa... ¡Pues pásmate! Nunca le hemos visto trabajar. Se levantaba; sus rezos, su misa, visiteja á alguna residencia monástica y... lo que llaman en Castilla «la siesta del carnero». Almorzaba: jugaba con algún fraile ó cura la partidita: billar, tresillo, dominó... según la categoría del sotana...

En definitiva: comidas, cinco. Desayuno, almuerzo, *comida*, merienda y cena.

Dormir: tres veces. La siesta del carnero á las once. La *siesta* á las tres y la *formal* de toda la noche.

¡La vida de todo un buen feligrés español: la de un paisano clásico!

¿Concibes tú, mi querido Alberto, que un pueblo que come *cinco* veces y duerme *tres* cada veinticuatro horas, pueda hacer algo más? (Pausa.)

ALB. (Ríe.)

MAES. Toda su antipatía invencible hacia mí no nació más que de mi antagonismo por esa deliciosa holganza. Mi hermano Paco se llevó toda su ternura. El último año que vivió fué á Deusto á verle cuatro veces... ¡Ni una sola fué á Munich á verme á mí!... ¡Desde niño he sido bien desdichado!

ALB. (Dándole cachetitos en la espalda.) ¿A que nos sale usted romántico?

MAES. (Ofendido.) ¿Yo?

Lo que hay, es que no haber merecido un afecto, es amargo. Yo fui buen hijo. Perdí á mi madre chiquito y mi padre nunca me llamó *hijo mío, á pesar de haberle dado tanto lustre al apellido.* Quise locamente á mi hermano pequeño, y en el vértigo de su vida de crápula, sólo al morir me recordó para confiarme á su hija. He vivido solo, sin afectos del alma ni ayuntamiento de mujer... ¡Ya ves, hasta los animales mismos.. el murciélago, con sus deformidades, es amamantado por la madre!...

ALB. ¡Sí! La vida es árida, Maestro, triste, opaca, sin algo de ternura...

MARÍA (Entrando.) ¡Olé! ¡Olé!

¡Es verdad; si todo fueran logaritmos, ¿para qué hubiera Dios criado las rosas?... (Sentándose.) Maestrín, (Acariciándole.) no te vuelvas hosco... (El Maestro ha abierto su cuaderno.) ... ni leas cuando yo hablo. Ni te *avergüences* por hablar al discípulo de *cosas dulces...*

Yo vengo *precisamente* con un *problema...* casi de confitería.

¡Mira: se ha acabado el chocolate! Y como en toda la Estación biológica, la única vida inútil soy yo, si quieres tío mío, iré con Rosa al pueblo y haré esta y otras compras...

MAES. Muy bien, señora sobrina; pero nada de *visiteos á esas necias;* si deseas verlas, aquí, á mi lado, que neutralizo su influencia devastadora.

MARÍA ¿Visitarlas? ¡Ni por pienso! ¿Y á estas horas? ¡¡Con lo estúpidas *que* SON las mujeres!! ¡Bahh!

Si entro en casa de cualquiera de ellas y las veo sin postizos ni colorete... ¡se mueren! Luego, (Verbosamente.) mira, esas mujercitas primorosas ¿sabes? que hacen colchas y *frivolitée,* ¡¡son puerquísimas!!

A las doce *enlegañados* toda la familia...

¿Los criados? Hasta que les gritan mil groserías, como no tienen concepto del deber, y solo tratan de ser mantenidos con el menor pago de esfuerzo; ni barren, ni desinfectan... ¡Uf! presentarme ahora. Seguramente no encontraba un solo chico lavado, (Accionando.) no digo bañado porque hay dos cosas que no entran allá abajo en sus casas por todo el oro del mundo: un baño y un libro sincero...

ALB. (La mira amorosísimo.)

MAES. ¡Calla, calla!

MARÍA ¡Ya lo sé! *«charla eutropélica»,* Tío, pero que quieres, hoy tengo ansias vagas, deseos imprecisables... ¿Ves que quería ir por el chocolate?... ¡Pues me quedo... ea, me quedo! (Sentándose arrellanada estirando las piernas con coqueto énfasis.) ¡Me quedo, señores! ¡¡Hagamos ciencia!!

ESCENA III

DICHOS y ROSA. Una criada vieja, entra recalcitrante

VOZ ¿Se puede?

MAES. ¡Adelante!

ROSA Niña: la Nicasia, que gracias por todo, y que el chocolate no lo *estrena* hasta que la dispenses el honor de ir á merendarlo con ella...

MARÍA (Palmoteando.) ¡Dila que iré, dila que iré!

MAES. (Cabeceando.) Vamos, así se comprende que seis personas nos comamos no sé cuántas arrobas en...

ROSA (Sofocada.) ¡Ah! Es que si la niña no se reporta, ¡esto va á ser *una perdición!* ¿Cuánto bacalao cree el señor...?

MAES. Déjela, Rosa. ¡Toda Escocia no vale sus palmoteos!

ROSA (Malhumorada, yéndose.) ¡Ver, Dios mío, *perderse* así una casa! (En las cajas.) A kilo y medio de bacalao *del bueno,* hemos salido por día... (Mutis.)

MAES. (Levantando su vista del libro.) Maruja; haz tus donativos en forma que no exciten á Rosa. ¡Es muy vieja!

MARÍA ¡Y muy gruñona! Yo la perdono, porque Dios no peimite el rencor... pero...

MAES. Da en dinero...

MARÍA En dinero daba y mucho, pero Nieves me dijo que la largueza no era lo que predicaba San Vicente de Paul, sino la limosna; que la filantropía y la caridad no eran la misma cosa...

ALB. ¡Y la filantropía en bacalao, abulta más y ofrece mejor golpe escénico!

MARÍA Hombre, eso es sacar punta á todo.

MAES. ¡Nieves! Nieves es otra mala compañía... (Dirigiéndose á Alberto.) En lo moral, como en lo físico, sólo existen por ejemplo, *tres* tipos de mujer:

La hipócrita.

La cruel.

La heroica y sacrificada.

Variedad de variedades, siempre sujetas al tipo *creator*, ¡pero tres tipos únicos!

MARÍA Sí, tío, ¡pero qué variedades tan completas!

Oye, yo de eso, sé un disparate.

En los *ocho* colegios que papá--que Santa Gloria goce—(Santiguándose.) me hizo correr hasta los doce años...

Mira, tío; las del Colegio de la Purísima Concepción se parecían á las de Saint-Ermelite y á las de Notre Dame; las de la Pensión Montolon á las de La Institución Libre, y... pues bien: Tú dirás, he aquí los dos tipos: la mística cristiana, la independiente.

¡Engaño! Todas eran iguales, igualitas. Vaiiaban el uniforme y el modo de mirar; la letra y la *forma* de acusar á las compañeras...

En masa, las niñas de una especie, eran idénticas; descompuesta, una niña de tal Pensión que viste igual, mira igual, *escribe* y *acusa* igual, es del todo distinta á su condiscípula.

Créelo, Maestro; en cada mujer hay un tipo... ¡¡y un tipo distinto cada cinco minutos!!

MAES. (Alarmado.) ¿Cómo?...

MARÍA (Apercibiéndose: riendo.)

¡Ah, cómo te hago rrrrabiar cuando quiero, viejo mío! (Le echa los brazos al cuello y le besa: él pasa los suyos en redor de su cintura y permanecen así en tanto diga Alberto aparte.)

ALB. (Dramático.) ¡Cuánto sufro!

ESCENA IV

Los MISMOS y MANUEL

MAN. ¡Conste que entro porque Rosa me aseguró que hablaban ustedes de chocolate... Yo las cosas de la Ciencia... ¡*Cives honorate laborem*!

MARÍA (Desasiéndose.) En efecto; la indisposición de Alberto y mi mala cabeza, obligan hoy al Maestro á descansar.

MAES. (Riendo.) ¿Tu mala cabeza?

MARÍA Sí, y no me arrepiento. Verte descansar y oirte hablar de «cosas inútiles» me llena de dicha... ¡Oh! á medida que voy creciendo, voy calculando que la Ciencia, como todo recinto, llega á ser carcelario, si no nos da algun momento de asueto...

MAES. (Reprendiendo.) ¿De modo que eres feliz viéndome holgazán?...

MARÍA No; pero hay algo más que hacer en el mundo que calcinar huesos y desmembranar patas de rana.

(Con mimo.) Ya sabes que yo no soy holgazana... del todo.

MAES. (Cabecea.) ¡Jhem!

MARÍA ¡Tú mismo dices que *gracias á ti yo no soy una mujer*!

MAN. Pues se equivoca, hijita, ¡porque es usted una mujer de una vez!

ALB. Manolo: perdería usted antes la vida que esa *allure* de señorito de Casino...

MAN. (A todos.) ¿He dicho algo incorrecto?

MARÍA (Rápida.) Vamos, vamos, señores...
Manolo, repitamos su frase: «Hacerse cargo de las cosas...»
Hoy el discípulo ha pisado mala yerba...
¿Me acompaña usted? (Al Maestro.) ¿Permiso, Tiíto?

MAES. Nunca lo necesitas para salir con Manuel.

ALB (Impaciente.) ¿No quedamos en que nos ayudarías?...

MARÍA ¡Cuando vuelva! (Dale el brazo á Manuel.—Aparte al salir, picaresca.) ¡Ya veremos eso del «*equilibrio* de los pensamientos»...! (Mutis.)

ESCENA V

MAESTRO y ALBERTO

ALB Maestro: yo no sé si me equivoco, pero Manuel, que á veces tiene chispazos de genio, es un fracasado de todas las cosas, un arruinado de todos los órdenes, un desencantado, un cínico enorme, cuyo trato con María puede reportarnos sinsabores...

MAES. Manuel Ponce es hombre bien *equilibrado*, de honradez, de talento verdadero, y, aunque juega al escéptico, no veo nada que me aconseje distanciarle de la niña.

ALB. Las mujeres, Maestro, por *educadas* que estén, por nutridas, por hartas, siempre toman la última mueca que ven, el último aroma que aspiran. Son un espejo que graba fácilmente una figura, sin conservar ni rastro de la que antes reflejara...
Yo veo en Manuel un espíritu holgazán, incapaz, que bajo la divisa de «hacerse cargo de las cosas», lo admite todo, lo proclama todo...

MAES. (Dejando el cuaderno que habrá revisado y tomando un libro voluminoso, va abriéndolo al ir á la mesa y comienza á tomar notas.)
¡Pstch! No veo un solo ribete... Pero si crees que *se debe*... (Aparte al ver estos objetos.)

¡*Su* rosario, *su* libro de oraciones! (Los besa y deja cuitado.)

ALB. (Yendo interin hacia el balcón: con impaciencia.) No... no. Yo nada digo, nada puedo decir; pero María se habitúa con él á hablar, á producirse con una ligereza desconocida.

MAES. (Levantando la vista.) ¿El cuaderno trece, encarnado, de los zoópteros?

ALB. En el escritorio lo dejó usted anteanoche.

ESCENA VI

LOS MISMOS y MATILDE

MAT. (Habla muy deprisa.) ¿Se puede? ¿Se puede pasar? ¡Ah! ¿no está María?

Venía á ver si quería ser de las nuestras?

MAES. (Contrariado.) ¿Excursión?... Ya sabe usted, querida Matildita, que la niña apenas se separa de nosotros. (A Alberto.) ¿Dices que en el escritorio? (Vase.)

MAT. ¡Digo! Como yo la veo *tan á menudo* con Manolo Ponse, y Manolo viene con nosotros, digo, dije, calla, que ahora subo yo al salir de misa y la hago á la pobresita un servisio, porque ya ve usted, Alberto de mis entrañas... cuando yo era mosita también gustaba de que me protegiesen... Y eso que mi padre no era Don Ignacio, que mi padre era una castañuela en día de boda. ¿Mi casa? ¡Digo! Pues si á cualquier hora teníamos gana de echar una copla y un baile y un trago.

ALB. (Resignado.) ¡¡Y una *parrafadita corta*!!

MAT (Sin pararse.) Y yo he pensao: y Alberto, el pobresito d'Alberto, que venga con ella, que *ya* le buscaremos *también* á él árbol ande ahorcarse...

ALB. Gracias, Matilde. Si la niña quiere, iremos.

MAT. ¡Digo! Con usted cuento aunque no quiera la niña... es decir, aunque no la deje el maestro... porque á usted no le pondrán cortapisas.

ALB. Vivo en un todo sujeto á su voluntad. *Si nos deja*, iremos. Si quiere trabajar ó que le acompañemos, me veré obligado á aplazar momento tan delicioso...

MAT. Oye: ¿sabe usted que es verdad que está usted hecho un doctrino? (Riendo.) A ver si con eso de la ciencia les va á volver á ustedes pájaros-moscas ú otro malefisio pa teneles siempre enjaulaos; porque por ahí se dice que el maestro ronda por los tejados de noche con un gorro en punta... (Accionando.)

ALB. (Serio.) ¡Matilde! Ruego á usted que nada que sea chuscadas con respecto al Maestro me las repita. Le quiero ciegamente: es mi Protector, mi único afecto en el mundo y soy su discípulo convencido.

MAT. ¡Uf! ¡Perdone Usía Ilustrísima!

ALB. Usted es quien ha de perdonar mi brusquedad, pero... no conocí otro padre, le debo cuanto soy... y sé agradecer.

MAT. Bien sabe Dios (Poniéndose seria.) que hubiera dado cualquier cosa por no molestarle.

ALB. Perdóneme usted. Cuando algo me duele no sé reir.

MAT. (Suspirando.) ¡Vaya por Dios! ¡Lo que yo diera por saber hablar de cosas *serias* como María!

ALB. Tiene usted también una falsa idea de María. María es una mujer de talento, educada en un medio especial... Pero no es de la *rigidez* que ustedes suponen.

Cumple con el deber de pensar, y esto deberíamos intentarlo todos.

MAT. Todo el que habla mal ó bien es que ha pensado antes. (Hostil.)

ALB. No. Hay quien habla por hacer ruido. (Fingiendo que escucha. Altísimo.) ¿Me llama, Maestro? (Se inclina y vase.)

MAT. (Exasperada.) Tan raro es éste como el otro... ¡pero ya veremos si se me escapa!

(Al salir casi tropieza con María y Manuel que entran del brazo.)

ESCENA VII

MATILDE, MARIA y MANUEL

MARÍA } (Se besan.) Hola, Matilde.
MAT. } Hola, María.
MARÍA ¿Qué te trajo por acá?
MAT. (Sentándose.) Una invitación que casi han rechazado.
MARÍA A ver, á ver... (Sentándose también.)
MAT. Venía á convidarte á una gira... pero apenas he hablado, el Maestro (Imitándole, en pie.) se ha ido en busca de un libro. Y Alberto... se ha ido, *fingiendo* que el maestro le llamaba, después de haberme dicho que *todos deberíamos* hacer el *intento* de pensar, y que *muchos hablamos* por *hacer ruido...*
MAN. (Medio aparte ríe.)
MARÍA Vamos, con la poquita añadidura que tú le pongas, queda en que...
MAT. En qué; no sé cómo no t'afixias con ese par de *graves* á todas horas.
MARÍA No lo creas. Mi tío es hombre apacible y ameno, y Alberto, á ratos, hasta afable y chirigotero...
MAT. No lo niego; pero, hija mía, con el tiempo te veo hablando por señas como los salvajes... (La besa.) Adiós, despídeme de ellos.
MARÍA Entra, si no están en el despacho...
(La invita á entrar puerta derecha, por donde ambos salieran.)
MAT. (Yéndose puerta izquierda.) Sí, aquí es «despacho» (Señalando los libros.) desde el portal hasta la bohardilla. (Hablando muy aprisa.) Jesús, María, José. ¡Imposible que s'hayan *leído ni las* PASTAS de tanto volumen!... (Dando la mano á Manuel: salen ambas.)
MAN. (Solo.) Leído las *pastas...* ¡ja, ja, ja! *por hacer ruido.*
Pero como se lo proponga ésta... ¡Las mujeres así, inconsistentes y vanales, son pe-

ligrosísimas. Y un poco estúpidas, más. Más peligrosas aún porque suelen enamorarse de veras...

ESCENA VIII

MANUEL y MARIA

MARÍA (Entra riendo.) ¡Esta Matilde tiene el privilegio de irritar á mi tío y á Alberto de un modo inaudito!

MAN. (Se habrá sentado en una mecedora.)

MARÍA (Siéntase cerca en otra.) Pues, señor: ya sé que no me dejen ir.... ¡Qué demonio! Haré yo misma la renuncia.. Con eso mis *cofrades* me reputarán de mujer sensata y extraordinaria... (Meciéndose.) ¡Ay, qué tristeza, *oficiar eternamente de extraordinaria*! (Parándose infantilmente, cruzando ambas manos, y mirándole fija. Muy ingenua.)

¿Puede usted creer que jamás me ha ocurrido soñar con una posición preeminente? ¡Siento como ansias de revolcarme en lo vulgar! ¡A veces envidio á Matilde que siempre ríe!

¡A mí me han secado casi en flor!...

Soy árida, escueta, *rectilínea*, ¿verdad? (Ingenua.)

MAN. Es usted una mujer de pocos años á quien han embutido dentro del magín, un filósofo, semi-discreto, simi-indigesto... Pero el filósofo es más caduco que usted, y morirá en cuanto empiece usted á luchar.

MARÍA Manolo, con la menor retórica posible: ¿es usted mi amigo verdadero?

MAN. No debe usted dudarlo.

MARÍA Yo no sé si es que usted con su «sexto sentido de hacerse cargo de las cosas» lleva á la *confidencia*, pero... estoy deseando convencerme á mí misma de que no soy un ser raro, un ser aparte, como me reputan. (Pausa.)

Yo *no sé*; pero *atisbo*.

Veo reir y quiero reir y no puedo. Mi ale-

gría es, de puro inocente, de puro plácida, de puro sana, una alegría idiota. Río sin fuerza. ¿Me explico?

MAN. Tiene usted risas; pero como no tienen eco, no inundan de alegría su pecho. Para pensar basta asociarse con uno mismo: para sentir, para impregnarse de la dicha ó de la pena, es preciso que el borbotón de alegrías ó de tristezas, rebote en un pecho fraterno ó amante y empape luego nuestro corazón... es un repercutir necesario á la vida...

Y usted, María, ríe sola, llora sola... y acabará por atrofiarse.

MARÍA Sí... (Pensativa.) por hacerme un ser realmente raro.

Usted sabe cuánto quiero á mi tío, cuánto le debo, pero á veces, pienso en su obra con un poco de rebeldía. Ha *sacrificado todo* á aislarme, á *hacerme de nuevo*, á destruir el gérmen pernicioso que tenía, á educarme *geométricamente...* (Casi llorosa.) ¡Y yo no puedo sentir con compás!

MAN. (Gozoso.) María, acabe usted... me habló de *confidencias...* ¡acabe usted! Yo todo me lo explico. Yo no complico estúpidamente la vida...

MARÍA (Llorando.) ¡No tengo humanamente fuerzas sola!

MAN. María... hijita... ¿Soy? .. ¡El nombre, el nombre que la hace llorar!...

MARÍA ¡Alberto!

MAN. ¿Qué?

MARÍA Encontré anoche, entre las trepadoras del cenador, donde las deja siempre, una carta que dice solo:

«María: Si me amaras, sacrificaría *todo* antes que tu amor. Es la primera vez que me siento dichoso, pensando que te soy indiferente. Alberto.»

MAN. ¿Pero ustedes se aman hace tiempo?

MARÍA Cuando el Maestro nos dejaba resolviendo algún problema árido, maquinalmente, á una, abandonábamos el estudio y hablábamos de amor, no del nuestro; de como se

aman allá abajo, los mozos... las bestias... Insensiblemente nos acostumbramos á estas confidencias y á veces yo cantaba coplas de amor, y él me escribía cosas de Amor... Entonces, los *papelitos* se cruzaban entre las hojas de los libros alguna vez. Ahora ya, las *cartas*, tenían su estafeta romántica y precisa, siempre entre las hojas de los mirtos del cenador había una frase, escrita sin pensar... suelta, como dicha en un moménto de éxtasis... Parecía como que los dos huíamos de la precisión y de la lógica... (Llorando.) ¡Ah! ¡*Tenía* así tanto encanto!

MAN. (Enternecido.) ¡Y lo *tendrá*! ¿Qué puede oponerse al amor de un hombre y una mujer?

Cuando empezó usted á hablarme ¡ríase! me hinché de vanidad pensando en una *declaración* en toda regla.

¡Qué diablo, María! Era una ocasión bellísima de sentirse orgulloso y feliz!

MARÍA (Altiva.) ¡Manuel!

Le he hablado en serio, llena de angustia y pidiéndole auxilio.

MAN. ¿Y se lo niego? ¡No por cierto! Si yo hubiera tenido la suerte de fijar en usted una idea de amor, felicísimo ¡naturalmente! Pero también feliz ayudándola á serlo con Alberto: ahora puedo confesarla, sin temor á herirla, que como yo no creo en el amor, le doy y le acepto como un *dilettantísimo*, tanto más agradable, cuanto más linda es la enamorada; pero el espectáculo de dos, bastante inocentes para amarse *de veras*, es de una belleza suprema ..

¡Cuente conmigo para cuanto pueda ayudarla en esa superchería encantadora!

¡Ah, un amor... *ideal*! ¡Quién pudiera sentirlo! ¡Quién fuera Alberto!

MARÍA (Deja de llorar.) No: Alberto no ha sentido nunca un ideal de amor... Al primer ensayo de celos, ha vencido su *lógica, su deber*, al peso de su cariño.

Unos paseos con usted, *creo*, contra *su vo-*

luntad, ha bastado para un rompimiento, que adivino definitivo.

MAN. ¿Definitivo? ¡Si yo lo consintiera!

MARÍA Sí, Manuel. Entre los hombres y las mujeres que usted ha tratado en la vida y yo en los libros, á hurtadillas, hay matices; en *nuestro* mundo, los colores *van á plano*, no admiten fusión alguna. El amor carece de esa gracia infantil, juguetona, que es á la pasión lo que las hojarascas del Renacimiento son á la augustez de las catedrales...

MAN. ¡Si es que habla usted demasiado bien, hija mía!

Alberto la exige á usted *el cumplimiento* de su amor, como exigiría el cumplimiento de un Estatuto á un socio capitalista. ¡Pero es que los dos se están ustedes engañando por respeto al medio!...

Esto de acatar el mismo medio, todos los temperamentos, es una barbaridad social que no estamos preparados á destruir, pero que debemos rebelarnos á aceptar.

En fin: no filosofemos. Voy por el prófugo.

Háblele sin *razonar*, escúpale á la cara el daño que la hace, gritando, exigiendo, llorando, sin corrección, sin medida, *á lo mujer*; que yo como un personaje de comedia, entraré por aquí para desvanecer la tormenta con mis protestas de adhesión. Y si los celos son DE MÍ... desaparecerán como por ensalmo. (Mutis.)

MARÍA *¿De mí?* ¿De quién, si no? (Pensativa.) Alguna vez me ha dicho: «Cuánto te quiere el maestro... Te besa las manos, las trenzas...» ¡Ah, pero eran celos de hermanos!...

ESCENA IX

ALBERTO y MARÍA

ALB. ¿Qué deseas?

MARÍA ¿Te han avisado de mi parte?

ALB. Sí.

MARÍA Quiero pedirte perdón por mi carta si te hizo daño... Era tan seco aquél papel. «María: si me amaras, sacrificaría *todo* antes que tu amor.» (Con zalamería.) Supongamos que te amo... ¿Qué serías capaz de sacrificar por mí?

ALB. (Apasionadísimo.) *Si me* AMARÁS, ¡TODO!

MARÍA ¡Qué trágico te pones! (Coqueta.)

ALB Nada tan trágico para mí como la disyuntiva que sostienen mi corazón y mi conciencia...

MARÍA Mira, Alberto; para amarse, basta la tendencia de dos almas y un ribazo en la fronda.... Dos que se amen no deben complicar la vida, nutriéndola de silogismos empachosos. Amémonos, y tú me enseñarás en tus ojos la verdadera ciencia y la beberás en los míos, ganosos de verte sonreir,..

ALB (Desesperado tristemente.) María. ¡Me hacías menos daño *aborreciéndome*, que *obligándome* á seguirte!

MARÍA (Digna.) ¿Obligarte? No. Una sola vez quise hacerte jurar por mi Dios del Gólgota y tú rechazaste mi deseo. Aquél día aprendí que aprendiste bien las lecciones del Maestro ¡¡Tu libre albedrío!! no quisiste entregármelo en esto que te pedía suplicante, llorosa...

ALB. Me lo digiste sin poner tu voluntad... De insistir hubieras vencido. ¡Aquél día mi corazón estaba abierto á todos los agradecimientos de todos los Dioses... Creí que me amabas y ¡yo podía amarte!

MARÍA Y hoy ¿que te hace creer que no te quiera? hoy que aguardo tu regreso, crepitante, anhelosa por pedirte perdón de mis faltas, si existen. Hoy que te estoy *agradecida* porque me has insultado, porque has dudado de mi amor, porque has *temido, padecido*.... porque insultándome me has hecho feliz, completamente feliz... (Apasionada.) ¿Tienes celos? ¡Dime que sí!

ALB. María. Un solo medio de ayudarme á mí mismo encuentro practicable... Un medio folletinesco... Huir y morir.

MARÍA (Horrorizada, tápase la cara con las manos, muy consternada.)

ALB. O... *vivir* como antes... en mi dicha encalmada...

MARÍA ¿Podrías?

ALB. Hasta amarte, fuí dichoso...

MARÍA ¿Más que *luego*?

ALB. (Tras una pausa expresiva: rotundo.) Sí.

MARÍA ¡Vuelve, pues, á serlo ahora!

ALB ¡Ya no puedo!

MARÍA Si aquello fué mejor que esto, aquello *vencerá*. (Con pena.) Al libertarte, recobrarás la dicha perdida...

ALB. No me *libertaré* nunca. *Tú lo sabes*. En mi destino pesa la sombra de tu mando; haré como quieras; mi rebeldía me dará solamente la seguridad de tu dominio... Mis libros llevarán tus frases... mi alma, tu sello.

MARÍA ¿Pero quieres huir?

ALB. Te pido una palabra de consuelo...

MARÍA (Señalando.) ¡La vista en lo Alto, muy en lo Alto!

ALB. Sí. Solo un milagro, un exorcismo, una casualidad, una fuerza superior, podrá arrebatarme del martirio en que vivo...

MARÍA (Amorosísima.) ¿Martirio? No, Alberto mío, no hables de martirios por mi causa; una vida de remordimientos no pagaría un instante de haberte atormentado...

¿Te hace sufrir Manuel?

Hazme un programa, dame una penitencia, díctame la norma de vida que te agrade... lo suscribo, lo firmo en blanco... Por terrible que seas, por duro; ¡no te vayas! Déjame mirarte, cuidar tus ropas .. No he de exigirte más amor que el que me tengas.

¡Yo no quiero *obligarte* como dices!

Si mi yugo te duele, ¡¡rómpele, pero déjame al menos besar en la sombra sus pedazos!!

(Alberto va á hablar. Mucha expresión)

ESCENA X

DICHOS, MANUEL, MAESTRO y varios

MAN. (Abrazando cariñosamente al maestro.) Es inútil, don Ignacio, aunque huya usted... Estamos decididos á llevarnos á los chicos á nuestra jira...

MAES. Pero si á ellos no les divierte eso.

MAN. Pues PARA COMPLETAR SU EDUCACIÓN, para que les divierta.

MARÍA Nada que contraríe al Maestro nos agrada. (Besándole. Mirando á Alberto. Voces fuera, capitaneadas por Matilde.)

MAN. María y Alberto vienen conmigo al campo, porque lo he jurado.

MAT. (Entrando con otros.) ¿Qué? (Mirando á Alberto.) ¿Les dejan á ustedes ó no?

MAES. En esta casa, no se prohibe á otro nada absolutamente.

MAT. ¡Eso es ser un hombre, ea! ¿A que no viene usted también? (Aparte.) ¡Por *sabio que sea*, no llegará á los cincuenta... y es rico!...

MAES. No, yo no... (Sentándose silla derecha. Que haya tres sillas, formando grupo.)

ALB. ¡Ni yo! (Siéntase enfrente izquierda.)

MAT. (Viendo que no va Alberto, yéndose y cogiendo del brazo á Manuel.) ¡Ea, pues en marcha!

MAN. (A María.) Claro que usted tampoco...

MARÍA (Entre los dos, al frente del público.) ¡No! (Vanse Manuel y los amigos. Simultaneamente al sentarse, abrazando á los dos: con entonación.) «¡En apretada piña de amor!»—que dice un hombre ilustre...

(Los dos la miran agradecidos, mientras cae el

TELON

ACTO SEGUNDO

Un comedor amplio con plantas exóticas y bichos disecados. Al fondo cristales que separan una «serre», entrada del edificio. Detrás el campo. En el comedor á la derecha, un gran busto del Maestro en lugar preferente, orlado de laureles. Todo el comedor severo y cursi.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y ALBERTO; luego MANUEL

MARÍA (De espaldas al público mirando la niebla de los cristales.)

ALB. Sí, mucho frío... *fuera también.*

MARÍA (Mirándole fija.) ¡Desagradecido!

ALB. (Gozoso.) ¿Eh?

MARÍA (Haciendo una A grande en el cristal.) ¡Si por cada ¡Alberto! que he escrito en estos cristales!...

ALB ¿En los cristales? *¿Aguardándome?*

MARÍA Más bien pensando que no llegarías nunca... En los cristales, sí; en la arena, en un árbol...

ALB. ¡Ah, María!... Mi vida no tiene más que una razón de ser...

MARÍA Poco se conoce: de los celos vehementes, insultadores, pasionales, *gratos,* has pasado á unas manifestaciones de hostilidad de lo más desagradables... (Con gracia.) ¡Pégame, hombre! Si te incomodo sin saberlo, pégame una paliza, pero no te vayas al campo como los pájaros y *anides* un día y otro...

Esto al maestro le maravilla y le conforta, porque aspira á que seas sabio... pero á mí me fastidia. (Con zalamería.) ¡Yo no aspiro más que á que seas... *mío.*

ALB. (Triste.) ¿El Maestro celebra mis excursiones?

MARÍA ¡Mucho!

ALB ¿Qué dice de ellas?

MARÍA Que serás un hombre notable. Su orgullo... Lo que le ha fastidiado es que yo le contara que hacías versos...

ALB. ¿Le leiste alguno? (Con interés.)

MARÍA ¿Soy yo tonta? Vaya, conque solo saber tus distracciones literarias le excita y voy á leerle versos de amor... Y eso, que no te enfades, poeta mío, pero los hombres de Ciencia no dais á la poesía toda su fogosidad encantadora. Yo sé que tú eres un hombre superior; pero adoro en poesía más á un lírico que á un filósofo. Tus primeros versos eran más poéticos, más cordiales, más lindos...

¡Házmelos así! ¡Sin hablar de problemas de conciencia! Sin envenenar con sombras el día claro de nuestro amor sin nubes...

ALB ¡¡Sin nubes!!

MARÍA (Coqueta.) ¿Cómo? Alguna nueva supercherla va á truncar el nuevo período de calma... Mira, amiguito,

ALB. (La mira entristecido.)

MARIA (Sigue.) que yo te quiera no es una desgracia. Que te lo diga no es una desgracia y que sea tan grácil y tan bonita... ¡no es una desgracia!...

Conque al mirarme de arriba á abajo, como ahora, y al abrazar de una sola mirada ¡mis muchos encantos! ó pones *cara de Pascuas,* ó .. me incomodo formalmente... (Volviéndole la espalda.)

ALB (Volviéndola de un hombro.) Tienes razón. Verte y no sonreir, es tan necio como cerrar los ojos ante el espectáculo de una aurora... (Danse las manos. Mucho ensueño, mucho amor.) A despecho de todo, sobre todo, está la alegría del vivir.

La verdad suprema es una; la dicha suprema una... Un único sentimiento puede hacernos Rey de Reyes,

MARÍA ..Y este *gran triunfo de la vida* no tiene *monopolios:* ¡todos podemos aspirar á él!

ALB. (Sigue electrizado.) Entre la felicidad de pensar y la dicha de sentir, no debe escogerse...

MARÍA (Ingenua.) No: ¡te lo juro!

A medida que tu corazón se nutra más, ¡aunque sea de engaños! serás más feliz.

Deja que los filósofos den vueltas á sus temas; cuando más cimentada crean una teoría robustísima, ¡zás! llegan unos ojos verdes de pupilita negra y echan á tierra toda la mecánica de esas leyes que dicta la frialdad de un cerebro perturbado por el *exceso* de estudio...

ALB. El Maestro, ¿qué te dice de mí?

MARÍA ¿De ti? ¿qué puede decirse que no sea bueno?

Hay veces, cuando tanto te alaba y tanto me humilla con tu ejemplo, que ardo en deseos de decirle:

¿Conque Alberto es el *preferidito* porque estudia y busca yerbatos?... ¡Pues yo también los buscaría eternamente si me quisiera llevar con él!

ALB (Alarmado.) No hagas eso. Y además la vida errática conmigo quizá no te fuese grata. (Con intención, sondeando su pensamiento para lo futuro.)

MARÍA ¡Hombre, errática alrededor de la casa... no es precisamente errática!...

ALB ¿Alrededor?

MARÍA (Riendo.) ¡Ah! ¿pero crees que te hubiera tolerado la segunda excursión si no supiera que te despides «hasta mañana» y á la noche rondas mi sueño como un fantasma?... ¿Qué buscas? ¿qué piensas durante esas visitas cautelosas á la Dama que está trinando por decirte:

¡Caballero, adelante, paso franco!

ALB. Es que creo tardar algo más y llego pronto y por no despertaros... espero que amanezca.

MARÍA No: *embustero.* Confiesa:

Es que me voy para estudiar, para rebus-

car... y una sola pesquisa me interesa... *Sentirte cerca* y persuadirme de que en mi ausencia nadie entra... nadie sale...

ALB. ¡Nadie! Ni el Maestro dá su acostumbrado paseo matinal... ¿qué hace?

MARÍA No sé. Dormir probablemente. Cuando no estás casi me huye. No me llama para trabajar. Se conoce que le repugno por holgazana. El caso es que él también holgazanea...

¡Lo importante es no acostarse sin haber encontrado algún yerbato más... y como tú lo buscas ó él lo cree... pues descansa!

ALB. Lo haces con gracia; pero es *cruel* que te rías del Maestro.

MARÍA ¿De él? ¡Jamás! ¿Reirme de *Él? ¡Si creo que le quiero más que á ti!...*

ALB. (Un gesto.)

MARÍA (Sigue.) ¡Pero veo también el lado cómico de los *especialistas!*

Vamos, tú mismo, muchas veces, no me has invitado á volar por campos libres... á no sujetar mi pensamiento siempre á una teoría de otro señor que *probablemente* jamás se habrá visto en mi caso...

Yo quiero amplitud en todo... ¡En todo, mamarracho; no me mires *escudriñando mi parentesco espiritual*!...

¡Quiero amplitud en todo!...

¡A quererme ampliamente, caballero! (Le ofrece una mano, poniéndola graciosamente en los labios del estudiante.)

ALB (Aprisionándola, la besa.)

MARÍA (Riendo.) ¡Pero, suelta, loco, ese tomo de Pedagogía social!

(Alberto la da apasionados y repetidos besos en la mano.)

ESCENA II

DICHOS y MANUEL, después DON IGNACIO

MAN. (Entrando.) ¡Bien por los estudiantes! ¿No podría yo sacar bola para un exámen de esa asignatura?

MARÍA (Tapándose la cara.) ¡Saldría *V. suspenso!*

ALB. (Excusándose.) Me *despedía...*

MAN. (Cariñosamente echándole un brazo por el cuello.) ¡Qué idiotez, en un hombre de talento!... ¡Besar á la mujer amada para irse!...

¡¡Eso no es práctico!! Así se la saluda. (A María, sentándose.)

Maruja: sabrá usted que Rosa está iracunda.

Sí... Hasta habla de presentar su dimisión... «Cuando el niño no está, esta es una casa de Tócame Roque». Aquí sólo el niño tiene juicio...

Yo creo que está enamorada de usted, Alberto. ¡Será preciso corresponderla!

MARÍA ¿De qué se queja?

MAN. De que no se come á hora fija, y todo se pasa y *todo se hace una plasta.*

MARÍA ¡Vaya por Dios! Pediremos perdón á Rosa... (Yéndose puerta izquierda.)

MAES. (Entrando puerta derecha.) ¿Qué nueva *travesura* la has hecho?

MARÍA (Volviéndose.) No: dí más bien la *he hecho.* Se queja de que cuando Alberto no está te vuelves desordenado y no comes á tu hora, es decir, á la *suya.*

MAES. ¿Por qué no te ocupas tú ó ella misma? Yo, cuando Alberto no está, no encuentro el momento de reunirnos... porque no sé de qué hablarte.

MARÍA (Zalamera.) Ya lo noto, Tiíto, ya lo noto. Porque os gasto alguna cuchufleta de vuestras charlas, me las vais escatimando mucho; y sin Manuel y la atropelladora de Matilde, no me quedaría, para hablar, otro recurso que reñir con Rosa...

¡Uf! ¿La *una?* pido el almuerzo.

MAES. Sí. Que vayan *preparándolo...* mientras veo... (Mutis por frente de donde saliera.)

MARÍA (Llamando á un tubo acústico.) «Mientras veo...» ¡Una horita larga!

Será una *cosita ligera.* «Los orígenes de la civili...

(Suena un pito.)

MAN. (Aparte, riendo.) ¡Encantadora!

MARÍA (En el tubo.) Rosa: Rosa, oye: El tío quiere comer, y yo también, *no sea que todo se haga una plasta.* ¿Oye, Rosa, ME has hecho ese flan de naranja que *le gusta á Alberto?*

Gracias, Rosa, rica, eres muy buena... (Colgando el tubo.) ¡Y no *gruñes* nunca! (A todos.)

Apenas la he ofrecido la fantasía de la «plasta» para darla la razón, me ha gruñido. «Ya no se hace», «ya se ha hecho una *plasssttta.*»

ALB. ¡Pobre, es vieja! Gruñe, pero es fiel... ¡Lo que la preocupa á ella que María *despilfarre*!

MAN. Sí. En seguida dice: «La señora Baronesa, con lo *riquísima* que era, recogía las cerillas usadas para hacer lamparillas...

MARÍA (Riendo.) ¡Qué Rosa!

MAN. No; y lo haría. Los ricos se hacen avaros. (Gesto adecuado.) ¡La lujuria del oro predomina toda otra vanidad!...

Sí, sí.. ¡El dinero no lo tira más que el que no lo tiene!

ALB. ¡Pobre Baronesa! Con su cochecito...

MARÍA (Riendo.) ¡que parece un entierro de tercera!

ALB. (Remedando.) ¡Y su PIEDAD!

MAN. (Siguiendo.) Cambia las perras chicas en céntimos para poder «*auxiliar* á muchos.»

MARÍA Así dicen que ha de hacerse...

MAN. ¿Sí? ¡No sé!

Yo soy *más Señor* para hacer el bien: cuando protejo, largamente, sea cual fuere la limosna que dé: dinero, amor, perdón... ¡Al que de mí la solicita, no le resto un ápice del caudal que en el momento poseo. Me entrego, me doy por entero!

Mi corazón aborrece *afortunadamente* la medida... Da *cuanto* tiene .. ¡no da más porque no tiene más!

ALB. Eso no es tan práctico como bello ..

MAN. Quizá .. Pero yo no sé echar una gota de aceite en una luz casi extinta para que no se apague, cierto; pero para que tampoco alumbre...

(Humorístico.) ¡Hombre, por Dios... el caminante que me vea en mi última llamarada, si no quiere atizar... que me sople y me apague de una vez!

Yo no daría un tablón á náufrago en un mar por el que *inexorablemente* no hubiera de pasar jamás una embarcación que le auxiliara...

¡¡No es piadoso!!

MARÍA Según su teoría, los pobres serían exterminados; por piedad...

MAN. Hijita. Ha querido usted tirarme á la cara una paradoja, y... ¡¡sí!! Exterminar *por piedad* á los pobres... ¡Sobre todo á los pobres *de espíritu*!

ALB. (Riendo: le da un fuerte palmetazo cariñoso.) ¡Ya sabemos por qué pobre de espíritu comenzaría el *exterminio*!

MAN. ¡No, quiá!

Pero, ¿no es molesto que un señor *así* crea que por su cédula de vecindad diga poco más ó menos lo que la nuestra, somos lo mismo...?

¿No es una pena que los panaderos no duerman por amasar pan para un *chisme* así? (Alberto y María ríen.)

MAN. (Sigue.) ¡Claro, hombre!... Y siempre hablando de todo y dando opiniones... Aquella pobre chica le resiste porque es *de los que caen*, y como el mundo hace *obligatorias estas cosas de libre elección*...

Porque las mujeres van á *su única* aventura de amor en unas condiciones de desigualdad... ¡que solo porque la mujer es *carne de* SACRIFICIO, no hay más *desquiciamientos*.

MARÍA Y se casarán si usted no lo remedia...

MAN. ¿Yo? Está usted loca, hija mía.

MARÍA (Haciéndole rabiar infantilmente.) ¡*Y será su marido*!

MAN. No: será *eso* que son algunos maridos... Algunos maridos solo son ¡el segundo apellido de la tarjeta de su mujer!

ESCENA III

Una CRIADA apaletada entra un cesto con pan y unos manteles

MARÍA — Vamos, Anita; si no hubiera relojes estarías todavía en ama, por tu gusto.

Las dos cerca, y la mesa sin poner...

ANA — Señorita, es verdad, (Llorosa.) pero ya ve usted... ¡andarse media legua bajo un sol de justicia! (Se alejará campo traviesa un mozo.) bregando desde el alba, y echal-lo á los cinco *menutos*. Míele usté con qué *cosa* mira pa cá: paece un esbezo d'aburrío...

MARÍA — Anda, anda... (Quitándola los manteles y comenzando á extenderlos.) Yo te pondré la mesa y baja un rato... A Rosa la dices que yo te mándo por... unas... frutas que están lejos...

ANA — (Marca el mutis.)

MARÍA — Mira bien que *no haya* abajo de las que *tú vas á buscar*...

ANA — (Contenta.) ¡Ay, señorita! (A todos al salir.) ¡Es más buena, que maja entoavía!...

MAN. — (Rebuscando en los cajones de un aparador.) ¿Y las servilletas? Yo sé poner todo lo necesario en una mesa... (Abriendo y cerrando cajones.)

MARÍA — (Dándoselas del cesto.) Aquí, Manuel. «Los lienzos han de *solearse* antes de usarlos.» Si no, tienen *bacterias* . (Humorística)

Le digo que desde que usted me ha hecho pensar en el sacrificio horrendo de vivir por la Ciencia y para la Ciencia, todas estas *minucias* me parecen «complicar la vida.» (A Alberto, que la sigue con la vista, extasiado.) A ti no, ¿verdad? Pero anda, ayuda, vago, que aquí el que no ayuda no come...

ALB. — (Comienza á coger botellas de los aparadores y coloca en la mesa una verdadera profusión.)

MARÍA — (Riendo.) ¡Manolo, mire usted el *modigerado*! (Los dos riendo con algazara. Recontando por mímica y leyendo botellas. Levantándolas.)

«Rioja Clarete.» ¡Bien! «Joanisberg»... ¡Mejor!

MAN. (Imitándola.) ¡Oxalato neutro de potasa al 12 por 100!

ALB. (Riendo.) ¡Venga! (Colócala en un estante, de donde la cogiera. Los tres ríen como niños.)

IGN. (Portando unas hojas de papel sueltas.) ¿Qué es ello?

ROSA (Por enfrente.) En esta casa no hay ya (Mirando á Manuel.) *formalidad* para nada.

MAN. (Riendo.) ¡Ay, Rosa de mis pecados! Si es que el niño se nos ha vuelto *borracho*...

ROSA (Muy en serio.) ¡Mentira! (Va á acariciarle después de dejar la sopa.) ¡El niño es aquí *el* ÚNICO que tiene un poco de *seriedad y de* DECORO. (Cruza mirando al Maestro.)

MARÍA Tío, ¡ya se atreve hasta contigo!... ¿Has oído lo del *decoro?*... ¡No, pues en serio; eso es demasiado. Yo la toleraré todo, menos falfaltarte así al respeto... aunque sea más vieja que una encina y más necesaria que el Sol... ¡No se lo toleraría *ni á Alberto*! (Sale enfadada tras Rosa.)

MAES. ¡Niña! (Llamándola.)

VOZ DE MARÍA ¡Pues no faltaba más!

ALB. (Deteniendo á don Ignacio.) ¡Déjela, Maestro! Son demasiadas liberalidades... Con nosotros bueno... Con Manuel... ¡Pero con usted!

MAN. A mí me hace gracia, mucha gracia...

ALB. (Sigue.) ¡Pero con usted!... ¡Usted está por cima de todo! A mí me duele que la riñan, ¡pero lo merece!

Eso no se lo toleraría *ni á Maruja.*

MAES. (Sentándose á la mesa y sirviendo sopa.) ¡Es tan vieja, y no *responsable* de nada!... Una máquina de guisar y un buen corazón...

(A Manuel.) ¿Usted habrá almorzado?

MAN. (Enseñando su puro encendido.) *Caruncho*: mi Madre también, como Rosa, no transige con el desorden: comemos á las doce en punto.

Yo creo que con tanta precisión como el sol pasa por el Meridiano...

Y me va bien. Aquello de comer por los restaurants de los Círculos y á cualquier hora y cualquier cosa... ¡es verdad! me arruinaba.

ALB. (Estará en pie ante su silla.)

MAES. (Habrá servido los tres platos de sopa y comenzado á comer.) Realmente, usted se queja de estos campos, pero ellos le han devuelto la salud... ¡Como que no es posible ser fuerte, ni de cuerpo ni de espíritu, haciendo la vida de...!

MARÍA (Entra muy cabizbaja.)

MAES. Vamos, te ha vencido.
¡Siéntate!

ALB. (Ofreciéndola silla.) Parece que sí. (Siéntase también.)

MAN. ¡Bah! Rosa es invencible. ¡Tiene unos argumentos!...

MARÍA (Más cabizbaja.) ¡Sí! ¡Unos *argumentos* brutales! (Mira al Maestro.)

MAES. (Confuso, come atropelladamente y baja la vista.)

ALB De argumentista no la creo tan hábil como haciendo sopa. (Comiendo.)

MARÍA (Tose; no ha empezado á comer.)

MAN. (Que está á su lado, levantándose.) ¡La estoy fastidiando con el cigarrito!...

MARÍA No lo tire, Manuel, de veras; no me molesta.

MAN. (Abriendo una puerta de la galeria.) Me salgo aquí. . ¡Pero mi café es *sagrado*! (Vésele sentarse en una butaca de mimbre, poltronamente.)

ANA (Acerca una fuente al Maestro.)

MAES. No quiero.

ANA (Sirve á Maria.)

MARÍA No quiero...

ANA (Ofrece á Alberto.)

ALB. ¿Me dejan ustedes ración triple? ¡Vamos, no se disgusten y coman! *El incidente no tiene la menor* IMPORTANCIA... Después de tres días de no verles... (Sirviéndoles él.) ¿he de contemplarles cejijuntos por una bagatela? (Sírvese él y comienza á comer.) ¡Ea, á comer, maestro; á devorar, María... Vamos, vamos, no me malhumoren, ¡que hoy estoy muy contento! (Los dos obedecen en la actitud correspondiente.)

MAN. (Que ha estado medio somnoliento, levantándose, da unos golpecitos en los cristales.) Mi café, ¿eh?

MAES. (Levantándose «con mal estado de espíritu.») ¡No me hagáis comer más! (Deja la servilleta y vase.) No estoy bien...

ALB. (Le sigue.) ¿Se encuentra enfermo? (Con gran interés. Mutis.)

ESCENA IV

MARÍA y MANUEL. Luego ALBERTO y MARÍA

MAN. (Viendo que María ha quedado sola.) ¡Vaya, los puros como los jugadores tienen malas rachas! (Arrojándolo.)
¿Qué arrechucho le ha dado al Maestro que no acaba?...

ANA (Entra otro plato.)

MARÍA ¡Déjala y vete!

ANA *¿El flán?*

MARÍA Tráelo, ó no lo traigas. (Distraída y quitándose la servilleta como quien no ha de comer más.)

MAN. Pero ¡qué ganas de complicar la vida, señor!
Dejen á Rosa con mil venablos, y coman ustedes...

MARÍA (Rompe á llorar.) ¡Ay, Manuel, Manuel! Algo interno me anunciaba esto... Las *huídas* de Alberto, el convencimiento de que á usted le quiere de veras... De que no era usted quien le inspiraba celos...

MAN. ¡Pero María!... (Consolándola.)

MARÍA Manuel .. (Llorando, con la servilleta en los ojos) Déjeme llorar, llorar en un borbotón y en un instante toda una vida de lágrimas amarguísimas...

MAN. (El mismo juego.) ¡Tenga confianza, María!... ¿Qué nueva *complicación* inventa usted para sufrir *así?*

MARÍA ... Déjeme llorar sin consuelo... Se lo ruego... Cuando venga Alberto, déjenos solos... Usted entre en el despacho... y que el Maestro no sospeche siquiera ¡pobre! todo el mal que esa Rosa me ha hecho...

ALB. (Ha entrado al comenzar esta frase y oye doloridísimo.) María; el maestro dice que no se siente bien y que llamen á Rosa.
Creo que debes entrar tú...

MARÍA ¿A Rosa? ¿Llama á Rosa? (Avisando en el tubo.) Antes que suba aquí... (Hablando por el acústico.)
Rosa: hazme el favor de subir un instan·

te... ¿Eh?... ¡No, *antes* sube aquí, que quiero pedirte un favor! (Cuelga el auditivo y se vuelve hacia Alberto con desaliento.)

(Se miran unos instantes, y ambos emocionadísimos, van acortando «la distancia» interrogándose con dolor, y atravesando los dos «buena parte» del escenario, rápidos y atraídos por una pena común; se abrazan y permanecen abrazados en tanto dice Manuel.)

MAN. ¡Me mate Dios, si no me parece todo esto tan desquiciado como una cinta de cinematógrafo sensacional!...

MARÍA (Trágica.) ¡¡Muy sensacional!! (Sin desasirse de Alberto que la retiene por la cintura muy adolorido.)

MAN. ¡Me voy con don Ignacio! ¡Quién sabe si á continuar la película!... (Marcando mutis.)

MARÍA Manolo. Es en serio. No le diga una palabra, ni le pregunte una palabra... Se lo ruego... ¡Es bien digno de esta consideración...!

MAN. (Se inclina muy serio, y encogiéndose de espaldas vase.) ¡Pues señor!...

ESCENA ÚLTIMA

MARÍA, ALBERTO, ROSA

MARÍA (Con desfallecimiento y reproche amarguísimos.)
¿¿Cómo has callado??
¿Por qué no me avisaste del peligro cuando tú barruntaste que llegaba...?

ALB. (Abrumadísimo.) ¡Esta era mi lucha! (Un silencio.) Yo me sentía inferior á él. El te merecía más... El merecía de mí todos los sacrificios, todas las gratitudes... (Apasionado.) ¡¡pero yo te amaba más que á todo, por cima de TODO!!

MARÍA (Se rinde en un gesto al peso de su pena.)

ALB. (Sigue. Acercándose.)
¡Ah! ¡Tú no sabes cómo te adoro! Por eso callé. Temía, temía muchas cosas, y me devoraba en mis temores...

ROSA (Presentándose.) ¿Me llamas, niña?

MARÍA Sí; quiero pedirte un favor, un gran favor.
Mira, con lo que me acabas de decir...

ROSA (La hace gestos que calle delante de Alberto.)

MARÍA No, Rosa. Alberto PRECISAMENTE (Mirada de inteligencia á él.) ha sido mi *confesor*. Alberto SABE que si el Maestro (Con angustia.) besa mi retrato cuando se cree solo... (Alberto hace un gesto.)

Yo beso el del Maestro á todas horas y en cualquier momento... (Llorosa.)

ALB. (Ha cruzado los brazos sobre el pecho y dejado caer con abatimiento la cabeza.)

MARÍA (Sigue.)

De modo, que si te pregunta... no le hables de lo que me has contado... Pero dile *que me has visto* hacer protestas amorosas ante su busto laureado... (Acercándose al busto.) Anda Rosa, sé buena, haz feliz á tu niña y evítala la vergüenza de confesarle ella misma... ¡lo que sería capaz de hacer por él...

ROSA (Sale persignándose, «recelosa», á cumplir la orden.)

ALB (Sin descruzar los brazos mira á María.)

MARÍA (Llorosa, apoyada en la columna del busto, conmovida é intensa.)

¿¡¡Y preguntaste un día para que servía el CIELO?!!

ALB. (En la misma actitud, sin descruzar los brazos, echa á andar, majestuoso y doliente con la vista fija en lo ALTO: entra por la puerta lateral izquierda á la galería y vésele cruzarla para salir fuera de la casa. Al echar á andar dirá «dramático:)

¡¡Cierto!! «Padre nuestro que estás en los cielos... (Entra en la serre; se supone que ha podido decir: «Santificado sea el tu nombre, venga á nos él tu Reino», mientras cruza la galería. Medir bien el tiempo, y coincidiendo con su definitiva salida de la casa.)

MARÍA (Viéndole alejarse, continúa:)

¡¡Y hágase tu voluntad!!...

(Y cae desplomada, sobre el busto, llorando inconsolable...)

(Toda esta escena «completamente vencidos», destrozados interiormente, y con actitud de mártires.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El despacho—Laboratorio del Maestro. En medio un pequeño hogar, con fuelle de pie, arde fuertemente. Manuel y Matilde caliéntanse las manos en él.

ESCENA PRIMERA

MANUEL y MATILDE; luego MARÍA

MAN. Primer *servicio grato* que en tantos años ha prestado este hornillo... ¡calentar esas manecitas de gloria!

MAT. ¡A usted se le tolera todo! Ha logrado usted que le permitan *tener sus cosas*. «¡Cosas de Manuel» y nadie las da importancia.

MAN. ¡Desgraciadamente!... (Va á tomarla una mano.)

MAT. *Hemos dicho á las que dice*, (Retirándola.) ¡no á las que haga!... ¿eh?

MAN. Usted habrá dicho lo que quiera, pero yo no he hablado todavía.

MAT. ¡Ni hablará, hijo!

A veces parece usted de la Cofradia der Silensio... (Hace un mohín gracioso y se vuelve á llenar un cogedor, con carbón «de pino» que añade al hornillo. Aparte.) ¡Parese este hombre de... *mampostería*!

MAN. (Mientras.) Es muy mona, y con revelar *un poco* MENOS sus deseos, llegaría á pescar á otro, *un poco* MÁS animoso que yo.

MAT. A los pollos-gallos como usted hay que *engrasarles* para que marche... A los pollos-gallos...

MAN. (Interrumpiéndola.) ¡Basta por Dios! ¡Nada de pollos, ni nada de gallos, ni nada de zoópteros vertebrados é invertebrados!... No, por Dios; hábleme usted con mi nombre; *Manuel*, Manuel á secas, sencillamente, vulgarmente... como á cualquier sereno de comercio.

MARÍA (Habrá entrado y ríe.)

MAT. (A María.) Ya puedes decir á tu marido que yo misma encendí el fuego sagrado.

MARÍA Gracias. Vamos á decírselo, y si te parece mientras él trabaja, paseamos... con la nena... (Vanse.)

ESCENA II

MANUEL, solo

(Se sienta y toma de un velador el «The Sthudio».) ¡Cuidado que fotografía más hermosa! ¡Está hablando!... (Mirándola.)

Y tiene cara de genio... pero no de *sabio*... ¡De GENIO! algo de loco, de traspuesto á un mundo suprahumano... ¡¡*Mira más allá*!!

¡Probablemente al pensar en esta oriflama de los bombos gráficos, su pensamiento y su mirar estarían aquí!

«*Ella*, ¿qué dirá ella? ¿qué NO dirá y rumiará solita en el silencio de la noche, quizá en los brazos del Maestro...»

¡Pobre Alberto!

¡Le tengo una lástima... y le tengo una envidia.. ! ¡Ser el solo pensamiento de una mujer sublime es... (Apasionado.) aprisionar un puñado de gloria, adelantarse el Paraíso!... Si existe, el Cielo tiene indudablemente cara de mujer! (Pausa.)

Y lo merece. Alberto es un hombre. Ha luchado, ha vacilado, ¡pero se encontró!

Yo llevo seis años de perpetua intimidad

conmigo mismo, luchando por definirme... (Cambiando.)

Y el caso es que ahora me inquieta esta BAGALELA.

¡Sin mi venida aquí, sin mi intimidad con estos excéntricos viviría como casi todos los hombres, sin remoras de éstas... (Mirando el periódico de nuevo.) Debe llevar blanca la chalina, como las que Maruja le hacía... ¡Clavado! (Vuelve una hoja.)

... Y muy ameno... mucho más ameno que en aquellas cosas que le entusiasmaban al Maestro...

Aquí parece un hombre casi tan vulgar como yo; se ocupa de las mujeres, y con relación á los hombres... ¡claro! ¡Como que un hombre sin mujer ó una mujer sin pareja... ¡son medio individuo!

Un cronómetro partido en dos pedazos.

Una cosa inútil, imprecisa... Un hombre sin un amor, *amor* ¿qué es? ¡un contador de días, de años, de horas... ¡Hasta que las manecillas tocan la Eternidad no hizo otra cosa... Contar tiempo, marcar tiempo, tragar tiempo... (Leyendo.) ¡Qué bien escribe! «El éxito es de las mujeres vulgares. A una mujer vulgar no se la huye por que no se la teme.» ¡Qué gran verdad dice!

MARÍA (Saliendo por la derecha cruzando con la nena de la mano y un payasón grande. Da con la sombrilla á Manuel, al pasar.) Manolo, ¿no viene usted hoy tampoco?...

MAN. (Mirando el «The Sthudio» No, gracias. Espero al Maestro. (Fuma. Vuelve al periódico.) Ni una frase, ni una línea, ni un punto, es otra cosa que su amor á ella...

¡Bah! El deber, la educación de la conciencia pueden amarrar las voluntades pero... el pensamiento, el espíritu preñado de vapores que condensan en un solo punto... vuela, vuela, vuela... ¡Si el eter hablara! ¡La comunión estrecha de dos almas á través del espacio! (Transición.)

¿Y soy yo, Dios mío, quien piensa tales

sandeces?.. (Tira el periódico sobre la mesa de trabajo y comienza á pasear.) ¿Provendrán de veras, de no haberme *encontrado*, mis inquietudes y mi desencanto?.... Yo no sé... no sé por qué los hombres de juicio no sacamos de sus tumbas á todos los filósofos, á todos los sociólogos... á todos los que envenenan la vida con sus meditaciones ¡y arrastramos sus cadáveres!

MAT. (Entrando muy sugestiva, con un gran sombrillón, siguiendo el camino de María.) ¿Está usted loco? (Ríe.) Hablando solo...

MAN. Sí, Matildita; loco perdido si usted no me da un baño de alegría y con sus charlas me lleva á la VERDADERA VIDA.

MAT. Oiga, osté, (Riendo.) ¿eso es la Gloria eterna?

MAN. (Rápido.) Eso es la paz y la digestión, y comer con los dedos, y andar á gatas...

MAT. ¡Ave María Purísima! Siempre contesta usted una cosa rara. ¿También usted estudia para sabio? ¡ja, ja! (Echa a correr tras María.)

MAN. (La mira y tomando el sombrero vase tras Matilde.) ¡Esta mujercita, tonteando, lo consigue!

ESCENA III

DON IGNACIO, ANA y después ROSA

MAES. (Entrando puerta derecha y viéndoles escapar, á ellos, de broma.) ¡Ahí va la tromba! (Se sienta ante la mesa, rebusca luego unos enseres y va hacia el hornillo; deja una cosa entre las ascuas y torna á la mesa. Al reparar en el periódico. Mirándole.) ¡Está bien! (Disgustado) Pero con una *posse* ridícula... ¡estos pelos!

¡Y es el medio... se adapta, se respira... se infiltra...

(Con orgullo.) ¡A mi lado hubiera sido un sabio!

Se fué... (Como resignado.) ¡¡Y solo es un poeta!! Estimable, sí.. su último libro lleva *cosas*... ¡Aquello de las ligaduras del atavismo!...

¡Pobre, es claro! (Yendo á sacar con una tenaza el objeto que puso á calcinar, y que deja de nuevo entre brasas) Hay que *perdonarle* sus romanticismos... (Siempre trabajando) Algo, aunque poco, puede influir pensar constantemente si uno ha nacido del espasmo nervioso de un borracho y una prostituta... «Ser expósito» es más que una poesía; es una amenaza, un grito de defensa social... (Torna á mirar y deposita en una cubeta con un liquido, el objeto al rojo: que produzca ruido y humo. Rebusca en la mesa donde apoya la cubeta y siéntase ante ella impaciente.) Pues señor, ¿dónde diablos podré haber dejado?... (Llama con un timbre y sigue rebuscando.)

ANA (Entrando.) ¿Qué desea el señor?

MAES. ¿Por qué no acude Rosa?

ANA Me ha mandado que venga, por que ella iba á coser...

MAES. ¡Siempre iba á hacer algo... cuando llamo yo... Que busque *ella* unas cuartillas escritas, por el comedor, la galería y la biblioteca... (Criada, vase.) ¡Vamos, á quien se le diga que esa Rosa me inquieta... me acobarda. No nos hemos hablado de rencor... ¡y siento como el peso del suyo, sobre mí...

ROSA (Entrando; con respeto.) Señor, no las hallo. Quizá las haya tocado, pero como no entiendo... El niño era más hábil ayudante que una servidora ..

MAES. (Por señas, que puede retirarse.)

ROSA (Yéndose.) ¡Ah, el niño será aquí siempre necesario!

MAES. A ser ella espíritu más sutil, más exquisito, creería... Estas bestias ineducadas arrojan un peso de voluntad que abruma. (Mezclando y trabajando, etc.)

Yo siento una *influencia* de esta vieja *enmudecida* y respetuosa; inquietante, molesta. Y ni me atrevo á decírselo, á preguntarla, á *entendernos*.

Un lenguaje rústico puede ser ~~sabio~~, torpe; ca[illegible] puede atisbar con una antelación pasmosa y casi precisa... (Yéndose.)

Me inquieta, me estorba, no sé por qué..

pero no es una sirviente, es una sombra... *es una* FECHA. (Haciendo mutis puerta derecha y muy bajo.) Es inquietante...

ESCENA IV

MANUEL y MATILDE; luego MARÍA. Manuel y Matilde aparecen del brazo puerta izquierda

MAT. No: usted aborrece *tanto* la Ciencia, porque quiere tantooo á Marujá.

Yo no sé retórica, ni *infundios* de esoos, pero conozco que usted habla mal de la *Siensia* porque ve usted en la Ciencia la cárcel de María...

MAN. (Azorado: asustado) ¡Chust!

MAT. ¿Ve usted? Le da miedo, no que lo diga, sino que *le entere á usted mismo de ello...*

Sin Maruja *seguramente* usted pensaría en... cualquier mujer de las que proclama encantadoras... ¡y que no le encantan (Creciendo.) ni poco, ni mucho, ni nada!

MARÍA (Que llega.) ¡Corren ustedes como gamos! (Al oirles.) ¿Discusión al canto? ¿Qué es ello?

MAN. (Suplicante, á Matilde.) ¡Por Dios, Matilde!

MAT. (Riendo malsana.) ¿Y cree usted que nos conoce á las mujeres? ¡¡No tenga usted cuidado!! Esto no lo sabrá nunca María por mis labios... ¡Es usted un *inosente!*

MARÍA ¿Manuel un *inocente?* (Riendo.)

MAN. (Con broma y convencimiento.) ¡Sí! ¡Si no hay nada más inccente que los hombres *corridos!..*

MAT. (Con malicia.) ¡Como que una mujercita tonta del fondo de un pueblo... es capaz de darles cien *vueltas!...*

MARÍA (A Matilde, mirando significativamente á Manuel.) ¡Se siente *peón!* (Manuel y María hablan bajo y parecen bromear.)

MAT. (Reparando en la mesa, coge «The Sthudio» y aparte rabiosilla.) ¡Jesús, qué suerte tienen algunas mujeres! *Tres* hombres á su *alrededó* y los tres s'hubieran casado con ella. *Otras* alre-

dedor de trescientos y no encuentran uno al alcance de la Vicaría...

MAN. Matilde: ¡ha mirado usted cien veces el retrato de Alberto!...

MAT. ¡Qué vamos á hacel-lo! ¡Yo no quito á mis ojos un gustazo!

MARÍA (Hace un gesto violentísimo.)

MAN. Aquí lo ha tenido usted, hija mía...

MAT. ¡Sí! Con un letrero prohibitivo como los *eléctricos* madrileños... «Cuidado con los *ratas.*»

MARÍA (Amostazada.) ¡Apenas eres respetuosa para las órdenes gubernativas!...

MAT. ¡Como tú!.. El maestro te prohibía asistir á cualquier sitio, ¡y tú *obligabas á todos* á obedecer!

Te digo (Mirando intencionadamente á Manuel que sigue cerca á María.) que tienes unas condiciones de *amaestradora de hombres*...

MARÍA Pues nada, nada; en cuanto *consigas* uno, pongo mis artes á tu disposición.

MAT. (Picada.) Jozú María, cuanto que se dice la menor palabra *de Alberto*... (Mirando á Manuel.)

MARÍA (En otro tono.) Sé *discreta*, Matilde.. ¿Por qué ha de importarme ya?... *procura* ser discreta.

MAN. Vamos, nada de reticencias desagradables... Miren. (Levantando unas pajaritas de sobre la chimenea.) Miren qué pajaritas y qué barquito tan mono hizo Mariachu.. Es verdaderamente prodigioso... ¡qué cosa tan deliciosa son los niños!

¡Y pensar que *fatalmente* se harán hombres!

MARÍA Un mundo de chicos sería encantador. No habría un solo desvalido...

MAN. Según... los hay precoces El chico de Pepe, cuando le obliga su madre á regalar un soldado de plomo á cualquier amiguito, la dice: «Luego se lo daré, señor. Déjame que busque uno que tengo sin patas»...

MARÍA ¡Qué cosas!

MAN. ¡Palabra! Son los menos, pero los hay con aficiones bancarias desde la cuna...

MAT. (Que frunció el ceño, malhumorada, va á irse con el periódico en la mano)

MARÍA ¡Matilde! ¿Dónde vas, te marchas?

MAT. (Sin mirarles, sale puerta izquierda con un «Sí» frío.)

MARÍA (Va á detenerla.)

MAN. (Deteniendo á María) ¡Déjela usted, señor, que se vaya!... ¡y no vuelva!

MAT. (Habrá desaparecido apenas y torna haciendo una reverencia exagerada.) ¡Será usted servido! ¡No importunaré á ustedes con mi presencia...

MARÍA (Levantándose rápida la sigue.) ¡Matilde, yo te ruego...! (Mutis)

MAN. ¡Qué criatura tan estúpida!... Como todas las mujeres poco alhagadas; envidiosa y hostil...

MARÍA (Volviendo.) ¡Cualquiera la alcanza!.. Iré luego...

ESCENA V

MANUEL y MARÍA; luego DON IGNACIO

MAN. Hará usted mal... Cuanto más á distancia la ponga usted de aquí... mejor.
¡Es un consejo!
La quiere mal á usted, créame.

MARÍA Mal, ¿por qué?

MAN. Porque usted es más joven, más bonita, más apetecida, más inteligente ¡y, sobre todo, más casada! Una solterona odia incoscientemente á toda casada, como todo gastrónomo no perdona al comensal que le merma una cucharada de la cazuela común...

MARÍA Con ese simil de cocina no me demuestra usted que el Maestro fuera manjar que tuviese en su plato . ¡Yo no la he quitado absolutamente ni una aceituna en el banquete del Amor!...

MAN. No: pero usted tenía su asiento en toda la redondez de la mesa, y ella, la pobre, róndala constantemente y no ve una servilleta que sostenga su nombre: todas las tarjetas

están en blanco... (Se oirá llorar á la nena durante las últimas palabras.)

MAES. (Entra.)

MAN. (Se levanta á saludarle.)

MARÍA (Se levanta y va á su encuentro.) ¡Qué horas! ¡compañerito!

MAES. Calla, mujer... (Yendo hacia la chimenea.) ¡hételos aquí! Vamos... (Iracundo.) ¿Te parece? ¡Son las primeras riñas que la propino!... ¡pero como dé en...!

MARÍA ¿Qué? ¿Que tú has reñido á mi hija? ¿Y por eso llora? (Yendo en su busca.) *¡Cruel; hacérmela llorar!* (Mutis muy indignada.)

MAES. (Desdoblando el barquito.) ¿Le parece á usted? ¡si no llega á confesármelo... menuda tarea me prepara!... (Deshaciendo otro pájaro.) No... y seguramente no va á ser fácil reconstruir...

MAN. (Ríe bajo.) ¡Qué pitusa!

MARÍA (Entrando.) Ignacio, bien sabes que jamás me he atrevido á corregir tus actos; pero te ruego que *jamás* repitas lo que has hecho.. si quieres paz entre nosotros.

MAES. (Severo.) ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué lenguaje es ese?

¡Evítame, delante de Manuel, una contingencia desagradable!

MARÍA (Llora gradualmente.) La nena no tiene culpa por creer inservibles unos papeles que no entiende. ¡Eres buen severo para TODOS! (Llora.)

MAES. (Acariciándola.) Quizá tengas razón, ángel mío... ¡pero tú sabes los desvelos que representa!...

MARÍA (Acercando su frente á los labios de su marido.) Perdoname... Ignacio... pero... te ruego que *á mi hija* no la *eduques* tú...

¡Yo misma la corregiré cuando me lo mandes...

MAES. Bueno: *tu hija* es un sagrado que debe criarse barbarizando á toda hora... ¡sin ocuparnos de su *formación*!

MAN. ¡Tiempo hay! Ahora déjenla ustedes hacer pajaritas y comer clara con azúcar... ¿Se acuerda usted María?

¡Tenemos que repetir delante del Maestro!

MAES. ¡Algún disparate! (Formando los pedazos, etc.)

MAN. ¡Cá! Una cosa encantadora. Batir una clara de huevo con azúcar y dársela á comer en un tenedor grande, invertido, de lado... ¡Uffh! (Como aspirando la clara infantilmente. Accionando) Toda la naricilla, toda la boca, es un merengue que de vez en vez se abre para dar paso á la roja lengüecilla golusmera... aquí, allá; no sabe donde acudir... ¡es una orgía de azúcar, un encanto ..

MAES. Una diversión para tornarla glotona y viciosa.

MARÍA ¡Jesús! Vaya un vicio; rechupetearse un chico el hociquillo con dos céntimos de merengue...

No, *si es inútil*: (Desagradable.) ¡*A tí nada de esto te da la sensacion*!

MAES. (Yéndose.) No admito lecciones...

ESCENA VI

MARÍA y MANUEL

MARÍA ¿Ha visto usted que irascibilidad hacia mí?

¡Usted que sabe como yo le quiero!... (Sentida.) ¡Usted que sabe *cuánto* le he sacrificado!...

MAN. ¡Pero como él lo ignora!

MARÍA No conozco la suerte, Manuel:

Tengo un amor y ha de huir; una amistad ~~ha llegado á hallarle.~~ y huye...

... ~~Peregrina de todas las sendas, errático en todo paraje, solo en la amistad creo...~~

MAN. ¿No falsea usted la palabra? ¿Es Matilde una amistad? No. Un amigo soy yo.

¿Crée usted en mí?

MARÍA ¡Sí! (Comienza á limpiar el polvo á enseres y volúmemenes con un plumerillo de despacho.)

MAN. (Bajo.) Mi corazón ha corrido vanamente buscando asilo, refugio; y solo en la amistad ha llegado á hallarle...

Peregrino de todas las sendas, errático en todo paraje, sólo en la amistad creo...

MARÍA (Señalando con el plumero, le pide que la alcance una retorta que Manuel la da; ella limpia y él torna á colocar en el estante.) ¿De la mía, por ejemplo? ¿Puede usted dudar?

MAN. No. ¡Y usted de la mía *mucho menos*!

MARÍA (Con ensueño.) «Amigo.» Lleva todas las dulzuras, todas las abnegaciones, todos los consuelos... ¡pensando esto debe preferirse á todo, ser *amigo* del ser que más se estime! (Manuel la mira muy fijo.)

MARÍA (Sigue.) Otros sentimientos más brillantes, más... *aparatosos*, pueden bastardearse hasta sin darnos cuenta...

MAN. (Intenso.) ¡Sí: una amistad honda, arraigada, lleva á todos los sacrificios, á todos los heroismos... es algo sagrado y fuerte! ¡El amor de las madres por los hijos está *lleno* de amistad!

MARÍA (Alarmándose al notar esta «intensidad» trata de reir.) ¡Esto es un *Canto á la Amistad* en tono brillante!

MAN. (En su actitud.) No: Más bien la eterna sonata en do menor, de las almas nobles...

Cada noche, rimo en silencio, un elogio á la amistad sincera... Si... es un tributo, (Casi aparte.) ¡y es un freno!

MARÍA ¿Eh?

MAN. ¿Cómo?

MARÍA No oí bien.

MAN. ¡Ni me oirá usted nunca, María! (Queriendo aparecer tranquilo y disimulando.) Me ocurrió una sentencia... y la dije bajo... (Amargado.) ¡*Ya sabe ustsd* que completamente en serio no hablo nunca! (Tratando de animarse.) Además, mi obligación es ofrendarla con alguna *juguetería*, del último chisme, de la última gracia. ¡De ciencia ya debe usted estar empachada!

MARÍA ¿Por qué?

MAES. (Entrando.) María, mi nuevo ejemplar debe ser intermedio del quelonio terrestre...

MAN. (A María señalando al Maestro.) ¡Por nada!

MAES. (Sigue.) Y el galeopithecus: algo de Tatuejo y mucho... Obsérvalo. Es igualmente visco-

so, y al interior tiene una vértebra endurecida y cálcica... (Enseñándola un ejemplar que lleva en un plato ó cubeta.)

MAN. Don Ignacio, por Dios, ¡tire usted ese caracol sin cáscara!... Aun suponiendo cierto el descubrimiento ¿qué importancia tiene una cosa tan fea?

MAES. (Ríe y le amenaza cariñoso.)
¡Manuel, Manuel!

MAN. Cuando se encuentra un bicho nuevo, se frie, se convida con él á un hambriento, y si el hambriento no muere... ¡se enriquece la cocina, y he aquí lo importante!

MAES. ¿Sin previo exámen? ¿Y si el hambriento revienta?

MAN. Le hemos hecho un buen servicio.

MAES. (A María.) No me atrevía á abrirle sin..

MAN. ¿Abrirle? ¡Qué porquería y qué crueldad!
Digo con la inglesa:
Los animalitos son paga *cuidarles*... y paga ¡¡comérnoslos!!

MAES. Tiene usted la *posse* de la ignorancia... ¡Y ne le va mal!

MAN. (A Maruja.) ¡Oh, la Santa Ironía! ¿Ha oído usted, Maruja? (Con cómico tono didáctico.) ¡Donde quiera que un hombre piense de otro, existirá la ironía; la Santa Ironía! (Al Maestro.)
Usted conseguirá que hasta yo, recolecte babosas y puerros... Pero á usted vamos á hacerle *sectario de todas las sectas*, ya que por su buena fe y *poca amplitud* no llegará á ser nunca incrédulo de todas las cosas...

MAES. (Formalizádose jocundamente)
Oiga usted, lo de la *poca amplitud*...

MAN. (Cogiéndole por ambos brazos muy cariñoso.) ¡Lo dice usted en broma, claro!

MAES. (Correspondiendo.) ¡Hombre!

MAN. Conste que ese bicho me resulta interesantísimo...

MARÍA (Besando á su marido.) ¿Pasó, mal geniete?...
¿Por qué me tratas con tanta acritud?...

MAN. Ea, uno que estorba... (Marcando mutis.)

MARÍA (Llamándole.) ¡Manolo!

MAES. Manolo... Venga usted, hombre, no sea usted necio... (Saliendo puerta derecha.) ¡Si este mono (Por María.) me habrá vuelto á injuriar antes de un minuto! Y pedido perdón... Son *arrechuchos... histerismos...* (Mutis.)

MARÍA (Con pena. A Manuel.) ¡Todo, menos *ternura...* Para ÉL cualquier manifestación honda es un *arrechucho, un desequilibrio...* ¡Yo que pensé que me amaba con locura!...

MAN. (Sentándose.) ¿Y debemos casarnos solo para que nos amen bien, ó porque amemos febrilmente? (Contestándose á sí propio.)
...Depende de la amplitud que cada cual dé al amor dentro del matrimonio.

MARÍA (Formalizándose.) Yo amo al Maestro.

MAN. Lo sé, María: no lo he dudado nunca... Pero, el amor (Enamorado.) tiene sus grados... ¡como el fuego!
Y la inmensa mayoría de las mujeres, se abrasan en un amor de ensueño... que no tocan...

MARÍA ¡Pscht!

MAN. Las cosas están dispuestas de un modo que nacen generaciones enteras de mujeres, que mueren sin haber sentido la sensación vibratil y brillante de un amor sin coto.. de un *momento* de AMOR. ¡¡Y han sido *novias* y han sido *esposas!!*

ESCENA VI

DON IGNACIO, MARÍA y MANUEL

MAES. (Entrando.) ¿Ves que estuve tan duro según tú?... pues ya está recortando un periódico de monos (Llevándoles á la ventana.) en el jardín...
(María, después de haber mirado, sale precipitadamente por la izquierda.)
(A Manuel.) ¡Es tontería! Sin mi *rigidez*. ¿Cree usted que la misma Maruja hubiera llegado á ser el *modelo acabado de la mujer reflexiva?* (Va hacia al hornillo donde deposita una cosa y sopla

con el fuelle de pie: que tenga buena llama para que haga plástica. El vestirá una bata ó blusón largo. Manuel permanecerá «irónico» en pie á la derecha primer tèrmino.)

(Sigue.) No, amigo; sin una dirección acertada, la mujer no tiene defensa contra los enemigos que regularmente sitian su corazón y su cerebro...

MAN. ¿Y la Ciencia consigue?...

MAES. (Levantando la vista á través de unas gafas «muy ufano».) ¡Ah! Si yo le dijera á usted que gracias al estudio hay quien ha hecho (Accionando.) ¡nueva ¡¡enteramente nueva!! un alma de mujer!...

MARÍA (Entrando alocada.) ¡Buenos *azotes* acabo de darla!...

MAES. (Asombrado, sin quitar el pie de la palestra del fuelle.) ¿Tú? ¿Pues qué ha hecho?

MARÍA (Arreglando sobre la mesa los pedazos del periódico; en una mano el retrato de Alberto recortado y encajándolo airada. Para ello hace atrás memorias y apuntes con significado desdén «muy» nerviosa.) ¡¡Ha destrozado completamente todo *The Sthudio!!*

MAES. (Mira á Manuel; mira fijo y adolorido á ELLA y «muy» avergonzado baja la cabeza, da fuertemente á la palanca del fuelle, «que hace crecer la llama» y dice ABRUMADÍSIMO Y LLENO «de» FRACASO:) ¡¡LABORA!!

MAN. (Mira al Maestro con pena y con incredulidad piadosa, mientras la cortina desciende solemne.)

Precio: DOS pesetas